

Obra Comboniana de
Promoción Humana



AFROS

CENTRO PASTORAL AFROECUATORIANO

Pastoral Juvenil Afro

Sentirse hijos

Lectura de Lc 15,11-32
desde el Pueblo Negro



1854
1855
1856

1857
1858
1859

1860
1861
1862
1863
1864
1865
1866
1867
1868
1869
1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907
1908
1909
1910
1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930
1931
1932
1933
1934
1935
1936
1937
1938
1939
1940
1941
1942
1943
1944
1945
1946
1947
1948
1949
1950

Preguntas iniciales:

- *¿Qué quiere decir sentirse hijos?*
- *¿Es importante sentirse hijos? ¿por qué?*
- *¿Qué es lo que nos impide sentirnos hijos?*
- *¿La mayoría de los jóvenes afros hoy en día se sienten hijos?*

Pertenecer a alguien

Cuando tenía que definirse a sí mismo, el título con el que más se identificaba Jesús era 'hijo': 'Hijo del Hombre' o 'Hijo de Dios', o simplemente 'Hijo'. Jesús, entonces, se sentía fundamentalmente hijo. Todos los biblistas concuerdan en que el punto de partida de la actividad misionera de Jesús fue la experiencia del Jordán, cuando - después de ser bautizado - escuchó la voz de Dios que le dijo: "*Tú eres mi Hijo amado*" (Mc 1,11). Es importante ser amados: sólo si nos sentimos amados experimentaremos la vida como don al cual tenemos que responder.

También para nosotros jóvenes negros sentirnos hijos quiere decir sentirnos protegidos, saber que hay alguien que te respalda, que está siempre pendiente de tí: eso nos hace sentir alegres.

Más en general, sentirse hijos quiere decir estar concientes de una herencia, saber que somos herederos de un sistema de valores muy rico. Lamentablemente, muchos de estos valores se han perdido, y son éstos los valores que hacen a un pueblo: el respeto, la confianza, la paciencia, etc. Habiendo perdido el sentido de nuestra herencia, los jóvenes afros - en nuestra grande mayoría - andamos perdidos.

Jesús encontró un sentido en su vida sintiéndose Hijo, amado por el Padre. Es necesario, desde el principio de nuestra vida, sentir que alguien nos ama, que pertenecemos a alguien. Algunos filósofos dicen que "*ser es pertencer*": lo que da sentido a mi vida como ser humano es el hecho de sentirme parte de alguien, de una familia, de un clan, de una comunidad, el sentir que no estoy solo, que pertenezco a alguien, que mi vida es importante para alguien. Generalmente son nuestros padres los que cumplen con esta función de hacernos sentir amados. El papá y la mamá son - o deberían ser - el primer instrumento del que se sirve Dios para comunicarnos su amor.

Lamentablemente, hoy en día - en nuestra sociedad - no todos los padres cumplen con esta tarea de amor: algunos hombres abandonan a la familia y dejan sola a la mujer con los hijos; más recientemente, con el fenómeno de la migración al extranjero, hay muchos niños que crecen sin mamá y sin papá, muchos niños que corren el riesgo de no hacer la experiencia de sentirse hijos; y eso es muy grave, porque Dios ha querido que para desarrollar nuestra humanidad pasáramos necesariamente por la etapa de sentirnos hijos.

No es posible convertirnos en verdaderos seres humanos, así como nos ha pensado Dios, sin sentirnos hijos. Somos imagen y semejanza de Dios: Dios es Padre e Hijo; nosotros también estamos llamados a desarrollar nuestra humanidad a través de estas dos etapas: ser hijo y ser padre. Pero no podemos ser auténticos padres si antes no pasamos por la etapa de sentirnos hijos. Muchas de las personas que abandonan

a sus hijos son hombres que en su niñez no se han sentido amados: no han hecho la experiencia de sentirse hijos, y así no han logrado convertirse en auténticos padres.

El mismo Jesús, después de hacer la experiencia de sentirse Hijo amado, pudo convertirse en nuestro Padre y nuestra Madre, y así Él también nos llama "*Hijos míos*" (Jn 13,33).

Hijos de Dios

Dios conoce nuestra necesidad de sentirnos hijos: Él nos ha creado así; por eso muchas veces, la Escritura compara a Dios a un papá y a una mamá: "*Como un niño en brazos de su madre...así está mi alma en tí, Señor*" (Sal 130,2).



El Señor sabe que no siempre los padres naturales se preocupan por sus hijos; pero tampoco en este caso Dios se olvida de nosotros: "*¿Puede una madre olvidarse del niño que cría, o dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque alguna madre lo olvidase, ¡Yo nunca me olvidaría de tí!*" (Is 49,15-16). Y así, cuando nuestros padres naturales nos abandonan, el Señor encuentra a otras personas para transmitirnos su amor: nuestra abuelita, nuestra tía, nuestros hermanos, nuestros amigos, etc.

"Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo" (Os 11,1). Una vez más, Dios nos llama hijos, y es interesante notar que fue en tierra africana - en Egipto - donde Dios aprendió a llamarnos hijos.

La primera llamada de Dios, entonces, nuestra primera vocación, es la de convertirnos en hijos suyos: "*Dios nos destinó para ser hijos suyos*" (Ef 1,5).

Preguntas:

- *Dios nos llama a ser sus hijos: ¿qué implica y qué comporta ser Hijos de Dios?*
- *Como jóvenes negros, ¿nos sentimos de verdad hijos de Dios?*
- *Como jóvenes negros, ¿cuál es nuestra imagen de Dios? ¿Lo sentimos de verdad como un papá o una mamá que nos ama?*

Una de las necesidades humanas fundamentales es sentirnos en nuestra propia casa, sentirnos protegidos. Pero ésta es una experiencia que como jóvenes afros - muchas veces - no hacemos. A menudo en nuestros hogares no encontramos la confianza y la libertad que

desearíamos. En nuestras familias generalmente hay bastantes conflictos: como gente caliente. Lo que nos impide sentirnos hijos, en este caso, es la falta de comunicación: vivimos como islas, los padres por un lado y los hijos por el otro. Muchas veces falta el respeto recíproco entre jóvenes y adultos.

Tampoco a nivel social nos sentimos hijos: a veces la sociedad no nos considera ecuatorianos, o nos considera ecuatorianos de serie B.

En cuanto a la Iglesia, muchas veces allí encontramos una simbología ajena a nuestra cultura. A menudo tenemos la sensación de que la comunidad eclesial no nos conoce así como somos, y no todos - dentro de la Iglesia - muestran interés por conocernos.

Por eso es difícil, para un joven negro, sentirse hijo. Sentirse hijos quiere decir sustancialmente sentirse acogidos, pero lo que más experimentamos como jóvenes negros - a todos los niveles - es la exclusión, y eso nos hace sentir heridos.

Dios también necesita pertenecer y ser amado

Decíamos que el ser humano necesita pertenecer a alguien para dar sentido a su vida. Ése es también el significado de la palabra latina '*ex-sistere*': existir, propiamente, significa 'estar fuera'. Nosotros existimos en la medida en que salimos de nuestro 'yo', y vamos hacia el ser al cual pertenecemos: no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que pertenecemos a los que nos aman; el sentido de nuestra vida está fuera de nosotros. Entonces, existimos sólo en la medida en que somos amados y pertenecemos a alguien.

Eso vale también para Dios: también Dios 'existe', en el sentido que quiere pertenecer a alguien, y lo más maravilloso es que quiere pertenecer a nosotros: "*Mi amado es para mí*", dice la protagonista del Cantar, hablando de Dios: Yavé es un Dios 'para nosotros', un Dios que 'pertenece a nosotros'. En otros pasajes, el mismo Dios nos dice: "*No temas, porque yo te he rescatado....Tú me perteneces*" (Is 43,1), "*Tú eres mi pueblo*" (Os 2,25), "*Dios va liberando al pueblo que hizo suyo*" (Ef 1,14). Entonces, pertenecemos a Dios, y nuestro Dios es un Dios celoso: Dios necesita hacernos suyos.

"*Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*" (Ex 3,6). Es interesante ver que cuando Dios se presenta a Moisés, la única manera que encuentra para definirse es decir a quién pertenece: Dios pertenece a Abraham e Isaac, o sea, es la vida de las personas que han confiado en Él lo que define la identidad de Dios. Sólo conociendo cómo se han portado y cómo han vivido Abraham, Isaac e Jacob yo puedo llegar a conocer a Dios. Dios no encuentra ninguna otra manera para definirse: es su relación con los hombres lo que define Su identidad y Su existencia.

También Dios, entonces, necesita pertenecer a alguien; también Dios necesita ser amado: "*Permanezcan en mi amor*" (Jn 15,9), nos implora Jesús, o sea: "Ámenme siempre, nunca dejen de amarme".

Preguntas:

- *¿A quién pertenezco yo? ¿De quién soy? ¿Qué es para mí lo que más tiene importancia en mi vida?*

- Como pueblo afro, ¿sentimos que pertenecemos a Dios, que somos pueblo de Dios, pueblo amado por Dios?



La Parábola del Padre Misericordioso

"11 Había un hombre que tenía dos hijos. 12 El menor dijo a su padre: "Dame la parte de la hacienda que me corresponde." Y el padre repartió sus bienes entre los dos. 13 El hijo menor juntó todos sus haberes, y unos días después se fue a un país lejano. Allí malgastó su dinero llevando una vida desordenada. 14 Cuando ya había gastado todo, sobrevino en aquella región una escasez grande y comenzó a pasar necesidad. 15 Fue a buscar trabajo y se puso al servicio de un habitante del lugar, que lo envió a su campo a cuidar cerdos. 16 Hubiera deseado llenarse el estómago con la comida que

daban a los cerdos, pero nadie le daba algo. 17 Finalmente entró en sí mismo y se dijo: "¡Cuántos asalariados de mi padre tienen pan de sobra, mientras yo aquí me muero de hambre! 18 Tengo que hacer algo: volveré donde mi padre y le diré: Padre, he pecado contra Dios y contra ti. 19 Ya no merezco ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus asalariados." 20 Se levantó, pues, y se fue donde su padre.

Estaba aún lejos, cuando su padre lo vio y sintió compasión; corrió a echarse a su cuello y lo besó. 21 Entonces el hijo le habló: "Padre, he pecado contra Dios y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo." 22 Pero el padre dijo a sus servidores: "¡Rápido! Traigan el mejor vestido y pónganselo. Colóquente un anillo en el dedo y traigan calzado para sus pies. 23 Traigan el ternero gordo y mátenlo; comamos y hagamos fiesta, 24 porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado." Y comenzaron la fiesta.

25 El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, cuando se acercaba a la casa, oyó la orquesta y el baile. 26 Llamó a uno de los muchachos y le preguntó qué significaba todo aquello. 27 l le respondió: "Tu hermano ha regresado a casa, y tu padre mandó matar el ternero gordo por haberlo recobrado sano y salvo." 28 El hijo mayor se enojó y no quiso entrar. Su padre salió a suplicarle. 29 Pero él le contestó: "Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y a mí nunca me has dado un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. 30 Pero ahora que vuelve ese hijo tuyo que se ha gastado tu dinero

con prostitutas, haces matar para él el ternero gordo."31 El padre le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. 32 Pero había que hacer fiesta y alegrarse, puesto que tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado" (Lc 15,11-32).

Preguntas:

- ¿A quién representa el Padre?
- ¿En qué consiste el pecado del Hijo menor?
- ¿Qué quiere decir - y qué implica como consecuencias - alejarse del Padre?
- ¿Cómo reacciona el Padre cuando ve al hijo que regresa?
- ¿Cómo reacciona el hermano mayor? ¿por qué? ¿En qué consiste su pecado?

El Hijo menor

El Padre representa el que nos ha dado la vida: primero Dios y después nuestros antepasados, o sea, toda nuestra herencia histórico-cultural.

Huir de la casa del Padre, entonces, quiere decir huir de nuestras raíces, de nuestra historia, de nuestra identidad, de nuestro pueblo. Hoy en día muchos sociólogos hablan de un "mundo en fuga", o sea, de personas que - sin ningún punto de referencia en su vida - siguen huyendo de sí mismos y viven la vida como turistas. El turista es el que se siente siempre de paso, y no se siente responsable por nada y por nadie: quiere vivir una vida sin ningún compromiso. Hoy en día también muchos jóvenes afros quieren ir a un país

lejano, o sea, quieren olvidarse de su identidad y de su cultura, y prefieren 'blanquearse'. Pero cuando nos alejamos de nuestra casa y de nuestra herencia experimentamos inseguridad, tristeza, maltrato tanto físico como psicológico.

En resumen, cortar las propias raíces quiere decir morir: "*Este hijo estaba muerto, y ha vuelto a la vidd*", dice el Padre; cuando nos alejamos de nuestra casa - y de nuestro pueblo - estamos muertos. Hoy en día muchos jóvenes negros - alejados de su herencia, 'África' - parecen estar en coma.

El verdadero pecado del hijo menor, entonces, no es haber llevado una vida desordenada, ésta es sólo la consecuencia de un pecado más profundo: el verdadero pecado consiste en ver a África - nuestra madre - como una prisión, como algo viejo que tenemos que abandonar, algo del cual nos avergonzamos y queremos librarnos, pensando que fuera de África encontraremos la libertad y la felicidad. El verdadero pecado consiste en pensar poder vivir sin nuestra gente, lejos del pueblo que nos ha dado vida. Pero en realidad, fuera de África encontraremos sólo degradación (eso es lo que simboliza el cuidar cerdos) y un habitante de este país lejano nos "enviará a su campo", o sea, querrá que vivamos según sus criterios y sus gustos. En otras palabras, cuando nos olvidamos de nuestras raíces y de nuestra identidad, caemos en la esclavitud: nos ponemos al servicio de otra gente, de otra cultura, de otros valores.

Pero finalmente un día el hijo "*entró en sí mismo*". Esto es lo que tenemos que hacer los jóvenes afros: entrar

en nosotros mismos. En nuestra sociedad casi no tenemos tiempo de entrar en nosotros mismos, de reflexionar, de contemplar. Pero debemos darnos el tiempo para hacer eso, y después de hacerlo tenemos que tomar la misma decisión del Hijo menor: volver a la casa del Padre, aceptar con gozo nuestra identidad, para sentirnos hijos de Dios e hijos de África.

Cuando regresa a la casa del Padre, el hijo le dice: "*Trátame como un asalariado*". De hecho, hay algunos hogares donde la relación padres-hijos se parece más bien a una relación entre dueños y asalariados: los hijos ven a los padres simplemente como a los que les aseguran la comida, y los padres ven a los hijos sólo como a alguien que hay que mantener, sin que exista una verdadera relación filial y paterna.

Es interesante saber que en la cultura de los Ashanti, una tribu de Ghana (África Occidental) existe un cuento que se parece al del Hijo pródigo: Kabaka, un joven, deja la casa paterna para trasladarse a la ciudad, y no se da cuenta de las dificultades que lo esperan. Este cuento resalta lo trágico que es alejarse de las propias tradiciones. Sus padres, entonces, piden a los antepasados que den sabiduría a Kabaka, para que no pierda el contacto con la propia cultura: "*Espíritu de los antepasados, a ustedes hemos ofrecido las primicias de este día. Velen sobre Kabaka, para que no corra tras del viento y para que toque el tambor de su padre*".

Preguntas:

- *¿En nuestros hogares nos sentimos más hijos o asalariados?*

- *¿Cuáles son los principales problemas que se viven en nuestras familias entre padres e hijos?*
- *¿Hoy en día los jóvenes afros amamos o huimos de África?*
- *¿Hoy en día los jóvenes negros sabemos tocar el tambor de nuestros padres?*



Qué significa el Padre para un hijo nos lo aclara muy bien Jesús: *"El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre. Cualquier cosa que haga éste, lo hace también el Hijo"* (Jn 5,19). Si por 'Padre' entendemos también nuestra herencia histórica y nuestro pueblo, Jesús nos está diciendo que no podemos hacer nada por nuestra cuenta, sino que tenemos que

inspirarnos en la experiencia de nuestros antepasados y trabajar en sintonía con nuestro pueblo.

"Así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo" (Jn 13,26): sólo el que se siente hijo de su padre, descendiente de sus antepasados, tiene vida en sí, o sea, puede beber a una fuente inagotable que nos permite resistir, tener vida y esperanza también en los momentos de dificultad.

"Como el Padre...da la vida, también el Hijo da la vida..." (Jn 5,21). También nosotros estamos llamados a dar vida a nuestro pueblo. Y lo podremos hacer sólo si nos sentimos hijos de nuestros antepasados, sólo si recibimos vida de ellos.

El Hijo mayor

El hijo mayor se ha quedado siempre en la casa del Padre, pero la calurosa acogida que el Padre reserva al hijo menor lo molesta, porque le hace pensar: "¡Entonces mi fidelidad no ha servido para nada! ¿Es que mi hermano cuenta más que yo? ¿Qué ventajas me ha dado quedarme con mi Padre?". Un hijo amado está en la casa del Padre no porque espera alguna forma de compensación o de premio, sino porque siente que la casa del Padre es su vida, siente que su vida fuera de esta casa no tendría sentido. Si yo me quedo en la casa sólo porque espero una recompensa, quiere decir que no me siento amado, que mi vida está en otra parte. El hecho que no acepte que su Padre prepare una fiesta para su hermano menor demuestra que, a pesar de su fidelidad, el hijo mayor no se siente de verdad hermano

de su pueblo. En esto, entonces, consiste su pecado: en el no sentirse hermano, en el creer tener más derechos que los demás, en el considerarse mejor que su pueblo.

Así el hijo mayor, cuando su padre lo invita a la fiesta, "no quiere entrar", porque está resentido, escandalizado que su hermano menor reciba tanto amor. No querer entrar en la fiesta es signo de resentimiento, de rechazo del propio pueblo. El signo más evidente de conversión sería entrar, para tocar el bombo y cantar un arrullo con los demás: ¿entrará en la casa el hijo mayor, participará en la fiesta?

La parábola no nos dice nada a este respecto, y nos deja en la incertidumbre.

En conclusión, el hijo mayor no se siente de verdad hijo. Sentirse hijo quiere decir reconocer que no soy yo el dueño de la casa, aceptar que mi padre acoja y ame a los otros hijos suyos. El hijo mayor pensaba ser el dueño absoluto de toda la herencia, ahora el padre hace algo que él no había previsto y se rebela. Eso es lo que pasa cuando queremos ser padres sin antes sentirnos de verdad hijos: el que no se siente hijo llega a ser el dueño de la casa, pero no el padre misericordioso. El mayor se siente dueño, y si el padre no hace como dice él, se enfada y sale.

Preguntémosnos; ¿me siento hijo o dueño del pueblo afro? ¿Quiero aprender de mi pueblo o quiero mandar al pueblo?

Preguntas:

¿Qué sientes por tu gente? ¿Qué sentimientos prevalecen en tí? ¿te sientes hermano del pueblo negro?

- ¿Te encuentras a gusto en tu casa, en tu familia?
- ¿A veces te sientes resentido, amargado? ¿Por qué? ¿Contra quién? ¿Intentas superar este resentimiento? ¿cómo?
- ¿Sientes que la Pastoral Afro es tu casa, que el compromiso por el Pueblo Negro es un elemento irrenunciable de tu vida?



El Padre

Cuando ve al hijo menor regresar a la casa después de tanto tiempo, el Padre "sintió compasión": no le dice nada, no le regaña, no le recrimina nada, sólo quiere

expresar todo su gozo de volverlo a ver: corre a echarse a su cuello y lo besa. "Sentir compasión" en el original griego se dice '*splanchnízomai*', que quiere decir 'sentir dolor al vientre'. Se trata de un verbo que en el Nuevo Testamento se usa sólo con referencia a Jesús o a personajes - como el padre de esta parábola - que representan a Dios. 'Compasión' en hebreo se dice '*rahamín*', que propiamente significa 'vísceras maternas'. Sentir compasión en las propias vísceras, entonces, es algo característico de este Dios materno, que siente en sus entrañas todo el dolor y toda la degradación que su hijo ha experimentado lejos de la casa paterna.

Es significativo que el famoso pintor holandés Rubens, cuando pintó el abrazo entre el Padre y el hijo menor, quiso dibujar las dos manos del padre de manera distinta: una mano es varonil y la otra es más bien femenina, para indicar que el cariño de este Dios que no nos regaña sino que sólo quiere abrazarnos es típico de un Dios que es padre y madre a la vez. "*Rápido, traigan el mejor vestido y pónganselo*": el hijo menor ha regresado malvestido, pobre; ahora el Padre quiere que el hermano menor recupere toda su dignidad de hijo amado desde siempre, y por eso quiere ponerle el vestido mejor.

El Padre de esta parábola nos recuerda el Dios del que nos habla Jeremías, que frente al pecado del hijo querría enfadarse, querría abandonarlo, pero no logra, porque sigue pensando siempre en él: "*Es un hijo tan caro para mí Efraím...que después de enfadarme pienso siempre en él, pues mi corazón se destroza por él*" (Jer 31,20).

El Padre no es un Dios soberbio: cuando ve al hijo desde lejos, es él Quien sale para correr a su encuentro. Al mismo modo se comporta con el hijo mayor: cuando ve que el hijo resentido no quiere entrar, es Dios quien se humilla y "*sale a suplicarlo*". Ser soberbio es muy fácil: no hay nada especial, nada grande en eso, todos lo sabemos hacer muy bien; la verdadera grandeza consiste en ser humildes. Algunos teólogos han hecho notar que el cristianismo es la única religión donde Dios suplica al pecador, implorándolo que vuelva a su casa: ¡tan grande es el amor del Padre por nosotros!

Ese amor incondicional de este Dios madre y padre es la meta hacia la cual tenemos que tender. La vida humana es un proceso de maduración que se desarrolla en distintas etapas: todos vivimos la etapa de la impaciencia y de la rebeldía contra la casa del Padre; y todos, de alguna manera, vivimos la fase del resentimiento y de la amargura; y todos estamos llamados a convertirnos a ese amor 'visceral' que sólo sabe perdonar y hacerle fiesta al pecador. Madurar, entonces, quiere decir desarrollar en nosotros estas vísceras maternas y compasivas para con todos, también con los que nos hacen sufrir: un proceso largo, que dura toda la vida.

Preguntas:

- *Podemos decir que en cada uno de nosotros existe algo del hijo menor, algo del hijo mayor y algo del Padre misericordioso: ¿con cuál de los tres personajes te identificas más? ¿Por qué?*
- *En este momento de tu vida, ¿a qué camino de conversión te llama el Señor?*

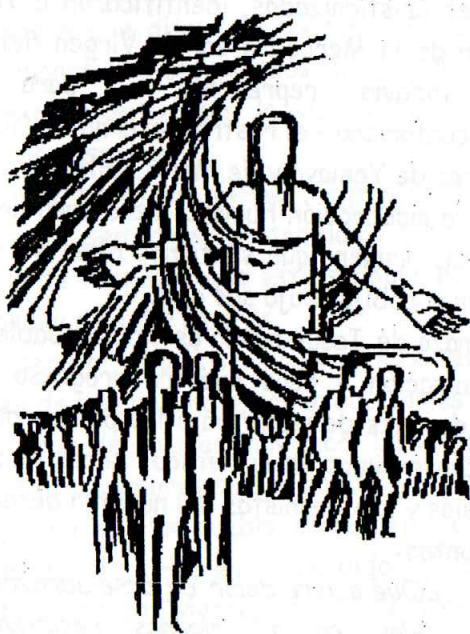
Dejarse abrazar

El hijo menor se deja abrazar por el Padre, cuando éste se le echa al cuello. El hijo mayor, en cambio, "*se enoja*" y "*no quiere entrar*" en la casa, no quiere entrar en el abrazo del Padre. El abrazo es lo que más necesitamos en nuestra vida personal y en nuestro compromiso pastoral y 'político', tanto los hijos como los padres: ¿cómo se puede pasar todo un día sin dar y sin recibir ni un abrazo? Lamentablemente, a veces hay padres que no abrazan a los hijos, o porque ya los han abandonado o simplemente porque no les hacen caso: ¡cuántos niños crecen sin el abrazo paterno y materno!

Y a veces hay hijos - como el personaje de esta parábola - que rechazan el abrazo del Padre. Para un papá y una mamá no hay dolor más grande que sentirse rechazado por el propio hijo. Cuando ve que su hijo Israel no quiere volver a su casa y que poco a poco está cayendo en otro tipo de esclavitud, Dios sufre de manera visceral: "*Cuando Israel era niño yo lo amé...Pero ya que no han querido volver, a mí volverán de nuevo a Egipto...Pero, ¿cómo puedo abandonarte, Israel?...Mi corazón se convulsiona dentro de mí*" (Os 11,1-8). El verbo del original hebreo - *afak*, que en español se traduce con "convulsionarse" - propiamente significa 'arrasar', 'destruir': viendo que el hijo no vuelve a él, el corazón de Dios se desgarrá, se hace pedazos; es que Dios no puede vivir sin el abrazo de sus hijos.

Ese mismo dolor desgarrador lo siente Jesús hacia el final de su vida. Hemos dicho que nuestra maduración consiste en pasar gradualmente del sentirnos hijos al

sentirnos papás. También Jesús, hacia el final de su vida, sentía un afecto paterno y materno hacia su pueblo, y también Él experimentó el dolor del rechazo: "*Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, pero ustedes no han querido!*" (Mt 23,37). Jesús se compara a una mamá gallina que quiere abrazar a sus polluelos, pero sus hijos rechazan el abrazo. Algunos teólogos han definido la Biblia como "la historia de los fracasos de Dios". También en esta ocasión Jesús experimentó un fracaso doloroso: Cristo estaba dispuesto a dar su vida por Jerusalén, pero Jerusalén lo rechaza y lo mata. Y así este deseo de Jesús se quedó frustrado; ¿quieres ahora tú darle este gozo a Jesús, y dejarte abrazar por Él?



Recordemos que el que renuncia al abrazo del Padre hace sí sufrir a su papá, pero sobre todo hace sufrir a sí mismo: una vida sin abrazos no es una vida humana.

Inspirándose en este pasaje de Mateo, san Anselmo escribía: *"Y tú, alma mía, corre bajo las alas de tu mamá Jesús, y habla de tus dolores bajo sus plumas. Cristo, madre mía, este polluelo se pone bajo tus alas"*.

¡Dejémonos, entonces, besar por mamá Jesús! ino rechacemos su abrazo!

No hay que olvidar que muchos de los esclavos africanos que llegaban a América tenían una devoción particular por un *orishá* femenino, Yemayá, el orishá del amor materno, el orishá que quería dar un abrazo de mamá a sus hijos esclavizados y azotados. Los afroamericanos, una vez cristianizados, identificaron a Yemayá con la Virgen de la Merced o con la Virgen del Carmen, que hoy todavía representa - para el pueblo afroecuatoriano - el rostro materno de Dios. El corazón materno de Yemayá y de María, entonces, es la meta de nuestra maduración humana; pero para llegar hasta allí tenemos primero que sentirnos hijos de mamá-Jesús y dejarnos cobijar bajo sus alas.

El abrazo de Jesús-mamá es indispensable para nuestra humanización y para nuestro progreso como pueblo. Sólo después de pasar bajo las plumas de mamá Jesús nos convertimos en auténticos seres humanos, amados por Dios y protagonistas del nuestro desarrollo.

Preguntas:

- *¿Qué quiere decir 'dejarse abrazar por Dios'?*
- *¿Hay en mí algunas resistencias, algunos obstáculos que me impiden dejarme abrazar?*

¿Nos dejamos abrazar por nuestros padres, por nuestros familiares, por nuestros amigos? ¿Cómo?

Ser papá y mamá

Todo lo que hemos dicho a propósito de Dios es bonito, pero la experiencia de muchos jóvenes es que han tenido o un papá o una mamá que nunca les ha abrazado. Esto no pasa sólo ahora. También algunos santos tuvieron problemas con sus padres. Francisco de Asís, por ejemplo, tenía a un padre muy violento, que lo pegó duramente y hasta lo encerró por muchos días en un sótano. Francisco pudo salir del sótano sólo gracias a la mamá, que tuvo compasión de Él y lo libró.

Francisco no conoció el amor de su padre, su padre nunca lo abrazó; pero tal vez precisamente por eso, Francisco se sintió llamado a hacerse hermano de los más pobres, de los que vivían por la calle, de los que no habían conocido el amor paterno y materno. En efecto, la gente podrá creer que de verdad Dios es Padre sólo si nosotros nos comportamos como hermanos: nos toca a nosotros, como hizo Francisco, hacer de verdad a Dios Padre y Madre de nuestro pueblo a través de nuestro cariño fraterno y de nuestra compasión. "*Sean como madres los unos para los otros*", les decía Francisco a sus frailes. Dios ha querido que todos conocieran su abrazo maternal; los que no lo han conocido en su propia familia, lo conocerán a través de nosotros: estamos llamados a ser hermanos, papás y mamás de nuestros amigos, de nuestro pueblo.

Preguntas:

- *¿Has hecho la experiencia de sentir el abrazo paterno de Dios a través de otras personas que no fueran tu madre o tu padre?*
- *¿Concretamente, qué deberíamos hacer para que todos los jóvenes negros - también los que viven en hogares problemáticos - sientan este abrazo de Jesús-mamá?*

Jóvenes de la Pastoral Afro de Guayaquil

Centro Pastoral Afroecuatoriano

Garaycoa 3614 y Venezuela

Tel.: 2.443085

Guayaquil - Ecuador